

El Machete^{1 2}

Machado de Assis³

Inácio Ramos tenía apenas diez años cuando manifestó una decidida vocación musical. Su padre, músico de la capilla imperial, le enseñó los primeros rudimentos de su arte, junto con los de la gramática, de la cual sabía poco. Era un pobre artista cuyo único mérito residía en su voz de tenor y en el arte con que ejecutaba la música sacra. Inácio, por consiguiente, aprendió mejor la música que la lengua, y a los quince años sabía más de bemoles que de verbos. Aun así, sabía lo suficiente para leer la historia de la música y de los grandes maestros. Esa lectura lo sedujo aún más; el muchacho se lanzó con todas las fuerzas del alma al arte de su corazón, y en poco tiempo se convirtió en un rabequista⁴ de primera categoría.

La rabeca fue el primer instrumento que eligió, por parecerle el que mejor podía corresponder a las sensaciones de su alma. Sin embargo, no lo satisfacía, y soñaba con algo mejor. Un día llegó a Río de Janeiro un viejo alemán que deslumbró al público tocando el violonchelo. Inácio fue a escucharlo. Su entusiasmo fue inmenso; no solo el alma del artista se comunicaba con la suya, sino que le había entregado la clave del secreto que él buscaba.

Inácio había nacido para el violonchelo.

Desde aquel día, el violonchelo fue el sueño del artista fluminense⁵. Aprovechando el paso del artista germano, Inácio recibió de él algunas lecciones, que más tarde aprovechó cuando, gracias a economías de largo tiempo, logró poseer el tan soñado instrumento.

Para entonces, su padre ya había muerto. — Le quedaba su madre, una buena y santa señora, cuya alma parecía superior a la condición en que había nacido, tan elevada era su concepción de lo bello. Inácio tenía veinte años, una figura artística, unos ojos llenos de vida y de porvenir. Vivía de algunas clases que daba y de algunos medios que le venían de las circunstancias, tocando

¹“O Machete” fue publicado originalmente por Machado de Assis en el *Jornal das Famílias*, en las ediciones de febrero y marzo de 1878. Cuando Machado escribió este cuento, Brasil era todavía una monarquía esclavista; la abolición de la esclavitud solo se produciría una década después, en 1888. Aunque “El Machete” no aborda directamente esta realidad, su escritura se inscribe en una sociedad profundamente desigual, marcada por jerarquías raciales, sociales y económicas que atraviesan silenciosamente sus personajes y escenarios. El *Jornal das Famílias*, donde se publicó el cuento, fue una revista ilustrada editada en Río de Janeiro entre 1863 y 1898, destinada principalmente a un público femenino y familiar de sectores medios urbanos. Machado de Assis colaboró regularmente en sus páginas, publicando cuentos y crónicas en un estilo accesible y a veces moralizante, pero ya impregnado de la ironía, la sutileza psicológica y la mirada crítica que lo consagrarían como uno de los grandes nombres de la literatura brasileña.

²*Machete*: instrumento musical de cuerda, similar al cavaquinho brasileño, popular en Brasil en el siglo XIX. No debe confundirse con el arma o herramienta del mismo nombre.

³Machado de Assis (1839–1908) fue un escritor, cronista, poeta y dramaturgo brasileño, considerado una de las figuras más importantes de la literatura de Brasil. Nacido en una familia pobre en Río de Janeiro, hijo de una mujer negra y lavandera y de un padre pintor de casas, fue en gran parte autodidacta. A lo largo de su vida, escribió cuentos, novelas y ensayos marcados por una mirada aguda sobre la sociedad brasileña, explorando con sutileza las relaciones humanas, el poder, la desigualdad y el lenguaje. Fue fundador y primer presidente de la Academia Brasileña de Letras.

⁴*Rabequista*: músico que toca la rabeca, un instrumento de cuerda frotada, similar al violín, pero de construcción más rústica y tradicional. Fue muy común en la música popular brasileña del siglo XIX.

⁵*Fluminense*: Designa a las personas naturales del estado de Río de Janeiro.

unas veces en un teatro, otras en un salón, otras en una iglesia. Le quedaban algunas horas, que empleaba en el estudio del violonchelo.

Había en el violonchelo una poesía austera y pura, un matiz melancólico y severo que casaban con el alma de Inácio Ramos. La rabeca, que aún amaba como el primer vehículo de sus sentimientos de artista, ya no le inspiraba el entusiasmo antiguo. Había pasado a ser un simple medio de vida; no la tocaba con el alma, sino con las manos; no era su arte, sino su oficio. El violonchelo sí; para ese guardaba Inácio las mejores de sus aspiraciones íntimas, los sentimientos más puros, la imaginación, el fervor, el entusiasmo. Tocaba la rabeca para los otros, el violonchelo para sí mismo, cuando mucho para su vieja madre.

Ambos vivían en un lugar apartado, en uno de los rincones de la ciudad, ajenos a la sociedad que los rodeaba y que no los comprendía. En las horas de ocio, Inácio se dedicaba a su querido instrumento y hacía vibrar todas las cuerdas del corazón, derramando sus armonías interiores, y haciendo llorar a la buena vieja de melancolía y de gusto, pues ambos sentimientos le inspiraba la música del hijo. Así pasaban las veladas caseras, cuando Inácio no tenía ninguna obligación fuera de casa; solos los dos, con el instrumento y el cielo entre ellos.

La buena vieja enfermó y murió. Inácio sintió el vacío que le quedaba en la vida. Cuando el ataúd, llevado por media docena de artistas, sus colegas, salió de la casa, Inácio vio ir allí dentro todo el pasado, y el presente, y no sabía si también el futuro. Creyó que sí. La noche del entierro fue poca para el descanso que el cuerpo le pedía después del profundo impacto; la siguiente, sin embargo, fue la fecha de su primera composición musical. Escribió para el violonchelo una elegía que no sería sublime como perfección de arte, pero que lo era sin duda como inspiración personal. La compuso para sí mismo; durante dos años nadie la oyó ni siquiera supo de ella.

La primera vez que él dejó oír aquel suspiro fúnebre fue ocho días después de casado, un día en que se encontraba a solas con su mujer, en la misma casa donde había muerto su madre, en la misma sala en que ambos solían pasar algunas horas de la noche. Era la primera vez que la esposa lo oía tocar el violonchelo. Él quiso que el recuerdo de la madre se uniera a aquella revelación que hacía a la esposa de su corazón: vinculaba de algún modo el pasado al presente.

— Toca un poco de violonchelo, le había dicho la mujer dos veces después del matrimonio; ¡tu madre me decía que tocabas tan bien!

— Bien, no sé, respondía Inácio; pero me da gusto tocarlo.

— ¡Pues sí, deseo oírte!

— Por ahora no, déjame contemplarte primero.

Al cabo de ocho días, Inácio satisfizo el deseo de Carlotinha. Era por la tarde — una tarde fría y deliciosa. El artista tomó el instrumento, empuñó el arco y las cuerdas gimieron al impulso de su mano inspirada. No veía a la mujer, ni el lugar, ni siquiera el instrumento: veía la imagen de su madre y se sumergía por completo en un mundo de armonías celestiales. La ejecución duró veinte minutos. Cuando la última nota expiró en las cuerdas del violonchelo, el brazo del artista cayó, no por fatiga, sino porque todo el cuerpo cedía ante el abalo moral⁶ que el recuerdo y la obra le producían.

⁶ “Abalo moral” es una expresión del portugués brasileño que designa una fuerte conmoción emocional o psíquica. Aquí se refiere al efecto profundo que la música y el recuerdo de la madre tienen en el protagonista.

— ¡Oh! ¡lindo! ¡lindo! — exclamó Carlotinha levantándose y yendo hacia el marido.

Inácio se estremeció y miró pasmado a la mujer. Aquella exclamación de entusiasmo le resultó disonante, en primer lugar porque el trecho que acababa de ejecutar no era lindo, como ella decía, sino severo y melancólico, y luego porque, en lugar de un aplauso ruidoso, él habría preferido otro más acorde con la naturaleza de la obra — dos lágrimas que fueran, — dos, pero expresadas desde el corazón, como las que en aquel momento le surcaban el rostro.

Su primer movimiento fue de despecho — despecho de artista, que en él lo dominaba todo. Tomó en silencio el instrumento y fue a colocarlo en un rincón. La joven entonces le vio las lágrimas; se conmovió y le extendió los brazos.

Inácio la estrechó contra el corazón.

Carlotinha se sentó entonces, con él, junto a la ventana, desde donde veían surgir en el cielo las primeras estrellas. Era una muchachita de diecisiete años, que parecía tener diecinueve, más baja que alta, rostro moreno, ojos negros y traviesos. Aquellos ojos, expresión fiel del alma de Carlota, contrastaban con la mirada suave y velada del marido. Los movimientos de la joven eran vivos y rápidos, la voz aguda, la palabra fácil y fluida, toda ella de un temperamento mundano y jovial. A Inácio le gustaba oírla y verla; la amaba mucho, y, además, como que a veces necesitaba de aquella expresión de vida exterior para entregarse por completo a las especulaciones de su espíritu.

Carlota era hija de un comerciante de pequeña escala, un hombre que trabajó toda la vida como un moro para morir pobre, porque el poco patrimonio que dejó apenas alcanzó para cubrir algunas deudas. Toda la riqueza de la hija era su belleza, que la tenía, aunque sin poesía ni ideal. Inácio la había conocido aún en vida del padre, cuando ella lo acompañaba a visitar a su anciana madre; pero solo la amó de verdad después que quedó huérfana y cuando su alma le pidió un afecto para suplir lo que la muerte le había arrebatado.

La muchacha aceptó con gusto la mano que Inácio le ofrecía. Se casaron con el beneplácito de los parientes de ella y de las personas que conocían a ambos. El vacío había sido llenado. A pesar del episodio antes narrado, los días, las semanas y los meses transcurrieron tejidos de oro para el esposo artista. Carlotinha era naturalmente coqueta y amiga de brillar; pero se contentaba con poco, y no se mostraba exigente ni extravagante. Las posesiones de Inácio Ramos eran escasas; aun así, él sabía dirigir la vida de modo que no le faltara lo necesario ni dejara de satisfacer alguno de los deseos más modestos de la joven. Su vida social no era ciertamente costosa ni vivía de ostentación; pero, sea cual sea el centro social, en él hay exigencias a las que no todas las bolsas pueden llegar. Carlotinha había vivido de fiestas y pasatiempos; la vida conyugal le exigía hábitos menos frívolos, y supo inclinarse ante la ley que de corazón había aceptado.

Además, ¿qué hay ahí que verdaderamente resista al amor? Los dos se amaban; por mayor que fuera el contraste entre el temperamento de uno y otro, los unía y hermanaba el afecto verdadero que los había acercado. El primer milagro del amor fue la aceptación, por parte de la joven, del famoso violonchelo. Carlotinha no experimentaba ciertamente las sensaciones que el violonchelo producía en su marido, y estaba lejos de aquella pasión silenciosa y profunda que vinculaba a Inácio Ramos con el instrumento; pero se había acostumbrado a escucharlo, lo apreciaba, y había llegado a entenderlo alguna vez.

La esposa quedó encinta. El día en que el marido recibió la noticia sintió una conmoción profunda; su amor creció en intensidad.

— Cuando nazca nuestro hijo —dijo él—, compondré mi segundo canto.

— ¿Y el tercero será cuando yo muera, no? —preguntó la joven con un leve tono de despecho.

— ¡Oh! ¡no digas eso!

Inácio Ramos comprendió la censura de su mujer; se recogió durante algunas horas y trajo una nueva composición, la segunda que le salía del alma, dedicada a su esposa. La música entusiasmó a Carlotinha, más por vanidad satisfecha que porque verdaderamente la comprendiera. Carlotinha abrazó al marido con todas las fuerzas de que era capaz, y un beso fue el premio a la inspiración. La felicidad de Inácio no podía ser mayor; había conseguido lo que ambicionaba: vida de arte, paz y ventura doméstica, y por fin esperanzas de paternidad.

— Si es niño —decía él a su esposa— aprenderá violonchelo; si es niña, aprenderá arpa. Son los únicos instrumentos capaces de traducir las impresiones más sublimes del espíritu.

Nació un niño. Esta nueva criatura dio una nueva fisonomía al hogar doméstico. La felicidad del artista era inmensa; se sintió con más fuerza para el trabajo, y al mismo tiempo como si se le afinara la inspiración.

La composición prometida por el nacimiento del hijo fue realizada y ejecutada, no ya entre él y la esposa, sino en presencia de algunas personas amigas. Inácio Ramos se negó al principio a hacerlo; pero la esposa logró que compartiera con extraños aquella nueva producción de un talento. Inácio sabía que la sociedad tal vez no llegaría a comprenderlo como él deseaba ser comprendido; sin embargo, cedió. Si sus temores se confirmaron o no, él no lo supo, porque esa vez, como en las otras, no vio a nadie; se vio y se escuchó a sí mismo, siendo cada nota un eco de las armonías santas y elevadas que la paternidad había despertado en él.

La vida transcurriría así, monótonamente bella, y no valdría la pena escribirla, de no ser por un incidente ocurrido en esa misma ocasión.

La casa en que vivían era baja, aunque bastante amplia y aireada. Dos transeúntes, atraídos por los sonidos del violonchelo, se acercaron a las ventanas entrecerradas y escucharon desde fuera cerca de la mitad de la composición. Uno de ellos, entusiasmado con la obra y la ejecución, rompió en aplausos ruidosos cuando Inácio terminó, abrió violentamente las hojas de la ventana y se inclinó hacia dentro gritando:

— ¡Bravo, artista divino!

La exclamación inesperada llamó la atención de los que estaban en la sala; todos los ojos se volvieron y vieron dos figuras de hombre, una tranquila, otra alborozada de placer. Se abrió la puerta a los dos extraños. El más entusiasta corrió a abrazar al artista.

— ¡Oh! ¡alma de ángel! —exclamaba él—. ¿Cómo puede estar un artista como este escondido de los ojos del mundo?

El otro personaje hizo igualmente cumplidos de elogio al maestro del violonchelo; pero, como se ha dicho, sus aplausos eran menos entusiastas; y no era difícil encontrar la explicación de su frialdad en la vulgaridad de expresión del rostro.

Estos dos personajes que así entraron en la sala eran dos amigos que el acaso había conducido hasta allí. Eran ambos estudiantes de derecho, en vacaciones; el entusiasta, todo arte y literatura, tenía el alma llena de música alemana y poesía romántica, y no era menos que un

ejemplar de aquella falange académica fervorosa y joven, animada por todas las pasiones, sueños, delirios y efusiones de la generación moderna; el compañero era apenas un espíritu mediocre, ajeno a todas esas cosas, no menos que al propio derecho, que por lo demás se esforzaba en meter en la cabeza.

Aquel se llamaba Amaral, este Barbosa.

Amaral le pidió a Inácio Ramos volver allí más veces. Volvió; el artista de corazón pasaba el tiempo escuchando al de profesión hacer hablar las cuerdas del instrumento. Eran cinco personas: ellos dos, Barbosa, Carlotinha y el niño, el futuro violonchelista. Un día, menos de una semana después, Amaral le reveló a Inácio que su compañero era músico.

— ¡También! —exclamó el artista.

— Es verdad; pero un poco menos sublime que usted —añadió sonriendo.

— ¿Qué instrumento toca?

— Adivine.

— Tal vez piano...

— No.

— ¿Flauta?

— ¡Qué va!

— ¿Es instrumento de cuerdas?

— Sí.

— No siendo rabeca... —dijo Inácio, mirando como si esperara una confirmación.

— No es rabeca; es machete.

Inácio sonrió; y estas últimas palabras llegaron a oídos de Barbosa, que confirmó la noticia del amigo.

— Déjelo —dijo éste en voz baja a Inácio—, que un día lo haré tocar. Es otro género...

— Cuando quiera.

Era efectivamente otro género, como el lector comprenderá fácilmente. Allí reunidos los cuatro, una noche de la semana siguiente, Barbosa se sentó en el centro de la sala, afinó el machete y puso en ejecución toda su pericia. La pericia era, en verdad, grande; el instrumento era lo que era pequeño. Lo que tocó no era Weber ni Mozart; era una cancioncilla popular del momento y de la calle, obra de ocasión. Barbosa la tocó, no con el alma, digamos, sino con los nervios. Todo él acompañaba la gradación y las variaciones de las notas; se inclinaba sobre el instrumento, tensaba el cuerpo, ladeaba la cabeza ora a un lado, ora al otro, levantaba la pierna, sonreía, derretía la mirada o la cerraba en los pasajes que le parecían patéticos. Oírlo tocar era lo de menos; verlo era lo más. Quien solo lo oyera no podría comprenderlo.

Fue un éxito, — un éxito de otro género, pero peligroso, porque tan pronto como Barbosa oyó los cumplidos de Carlotinha e Inácio, comenzó una segunda ejecución, y habría ido a una tercera si Amaral no hubiese intervenido, diciendo:

— Ahora el violonchelo.

El machete de Barbosa no quedó oculto entre las cuatro paredes de la sala de Inácio Ramos; en poco tiempo ya era conocido en el barrio donde vivía el artista, y toda la sociedad del lugar ansiaba por escucharlo.

Carlotinha fue la delatora; había encontrado infinita gracia y vida en aquella otra música, y no cesaba de elogiarla en todas partes. Las familias del lugar aún guardaban nostalgia de un célebre machete que años antes había tocado allí el actual subdelegado, cuyas elevadas funciones ya no le permitían cultivar el arte. Oír el machete de Barbosa era revivir una página del pasado.

— Pues haré que lo escuchen —decía la joven.

No fue difícil.

Poco después hubo una reunión en casa de una familia del vecindario. Barbosa aceptó la invitación que le fue hecha y allá fue con su instrumento. Amaral lo acompañó.

— No te lamentes, mi divino artista —le decía a Inácio—; y ayúdame en el éxito del machete.

Ambos se reían, y más que ellos se reía Barbosa, una risa de triunfo y satisfacción porque el éxito no podía ser más completo.

— ¡Magnífico!

— ¡Bravo!

— ¡Soberbio!

— ¡Bravísimo!

El machete fue el héroe de la noche. Carlota repetía a las personas que la rodeaban:

— ¿No les decía yo? Es un portento.

— Realmente —decía un crítico del lugar—, ¡así ni Fagundes...!

Fagundes era el subdelegado.

Puede decirse que Inácio y Amaral fueron los únicos ajenos al entusiasmo por el machete. Conversaban ellos, junto a una ventana, sobre los grandes maestros y las grandes obras del arte.

— ¿Por qué no das un concierto? —preguntó Amaral al artista.

— ¡Oh, no!

— ¿Por qué?

— Tengo miedo...

— ¡Vaya, miedo!

— Miedo de no agradar...

— ¡Has de agradar por fuerza!

— Además, el violonchelo está tan ligado a los sucesos más íntimos de mi vida, que lo considero más bien como mi arte doméstica...

Amaral combatía esas objeciones de Inácio Ramos; y este se hacía cada vez más firme en ellas. La conversación fue prolongada, se repitió dos días después, hasta que al cabo de una semana, Inácio se dejó convencer.

— Ya verás —le decía el estudiante—, y verás cómo todo el público va a quedar delirante.

Se acordó que el concierto sería dentro de dos meses. Inácio tocaría una de las piezas ya compuestas por él, y dos de dos maestros que eligió entre muchas.

Barbosa no fue de los menos entusiastas con la idea del concierto. Parecía ahora tomar más interés en los éxitos del artista, escuchaba con gusto —al menos aparente— las veladas de violonchelo, que se realizaban dos veces por semana. Carlotinha propuso que las veladas fueran tres; pero Inácio no concedió más que dos. Aquellas noches se pasaban únicamente en familia; y el machete terminaba muchas veces lo que el violonchelo comenzaba. ¡Era una condescendencia con la dueña de casa y el artista! —¡el artista del machete!

Un día Amaral vio a Inácio preocupado y triste. No quiso preguntarle nada; pero como la preocupación persistiera en los días siguientes, no pudo aguantarse y lo interrogó. Inácio le respondió con evasivas.

— No —decía el estudiante—; algo te molesta, sin duda.

— ¡Nada!

Y después de un instante de silencio:

— Lo que pasa es que estoy arrepentido del violonchelo; ¡si yo hubiera estudiado el machete!

Amaral oyó con asombro esas palabras; luego sonrió y sacudió la cabeza. Su entusiasmo había recibido un gran golpe. ¿A qué venía aquel celo por el efecto diferente que habían producido los dos instrumentos? ¿Qué rivalidad era aquella entre el arte y el pasatiempo?

— No podías ser perfecto —decía Amaral para sí—; tenías que tener un punto débil; por desgracia para ti, el punto es ridículo.

Desde entonces las veladas se hicieron menos frecuentes. La preocupación de Inácio Ramos continuaba; Amaral sentía que su entusiasmo iba disminuyendo cada vez más —el entusiasmo hacia el hombre—, porque bastaba oírlo tocar para que volvieran a despertar sus primeras impresiones.

La melancolía de Inácio era cada vez mayor. Su esposa solo reparó en ella cuando ya no pudo dejar de notarla.

— ¿Qué tienes? —le preguntó Carlotinha.

— Nada —respondía Inácio.

— Apuesto a que está pensando en alguna composición nueva —dijo Barbosa, que en esas ocasiones estaba presente.

— Tal vez —respondió Inácio—; pienso en hacer algo completamente nuevo: un concierto para violonchelo y machete.

— ¿Por qué no? —dijo Barbosa con sencillez—. Hágalo, y veremos que el efecto ha de ser delicioso.

— Yo creo que sí —murmuró Inácio.

No hubo concierto en el teatro, como se había acordado; porque Inácio Ramos se negó por completo. Se terminaron las vacaciones y los dos estudiantes regresaron a São Paulo.

— Vendré a verlo dentro de poco —dijo Amaral—. Vendré hasta aquí solamente para escucharlo.

Efectivamente, vinieron los dos, siendo el viaje anunciado por carta de ambos.

Inácio le dio la noticia a su esposa, que la recibió con alegría.

— ¿Vienen a quedarse muchos días? —dijo ella.

— Parece que solamente tres.

— ¡¿Tres?!

— Es poco —dijo Inácio—; pero en las próximas vacaciones, deseo aprender el machete.

Carlotinha sonrió, pero con una sonrisa tímida, que el marido notó y guardó para sí.

Los dos estudiantes fueron recibidos como si fueran de la casa. Inácio y Carlotinha se desvivían en atenciones. En la noche de ese mismo día, hubo velada musical; solo violonchelo, a instancias de Amaral, que decía:

— ¡No profanemos el arte!

Iban a quedarse tres días, pero no se marcharon al cabo de ese tiempo.

— Nos vamos dentro de dos días.

— Lo mejor es completar la semana —observó Carlotinha.

— Puede ser.

Al final de una semana, Amaral se despidió y volvió a São Paulo; Barbosa no volvió; se había quedado enfermo. La enfermedad duró solamente dos días, al cabo de los cuales fue a visitar al violonchelista.

— ¿Te vas ahora? —preguntó este.

— No —dijo el académico—; recibí una carta que me obliga a quedarme algún tiempo.

Carlotinha oyó la noticia con alegría; el rostro de Inácio no mostró ninguna expresión.

Inácio no quiso continuar con las veladas musicales, a pesar de que Barbosa se lo pidió varias veces, y no quiso porque, decía él, no quería quedar mal con Amaral, del mismo modo que no querría quedar mal con Barbosa, si este fuera el ausente.

— Nada lo impide, sin embargo —concluyó el artista—, que escuchemos su machete.

¿Cuánto tiempo duraron aquellas veladas de machete? Tal noticia no llegó al conocimiento del escritor de estas líneas. Lo único que sabe es que el machete debe de ser un instrumento triste, porque la melancolía de Inácio se volvió cada vez más profunda.

Sus compañeros nunca lo habían visto inmensamente alegre; sin embargo, la diferencia entre lo que había sido y lo que era ahora saltaba a la vista. El cambio se manifestaba incluso en su forma de vestir, que se volvió descuidada, al contrario de lo que siempre había sido. Inácio tenía

grandes silencios, durante los cuales era inútil hablarle, porque no respondía a nada, o respondía sin comprender.

— El violonchelo ha de llevarlo al manicomio —decía un vecino compasivo y filósofo.

En las vacaciones siguientes, Amaral fue a visitar a su amigo Inácio, justo al día siguiente de su llegada. Llegó alborozado a su casa; una negra fue a abrirle la puerta.

— ¿Dónde está él? ¿Dónde está él? —preguntó alegre y en voz alta el estudiante.

La mujer rompió en llanto.

Amaral la interrogó, pero al no obtener respuesta, o al obtenerla entrecortada por sollozos, corrió hacia el interior de la casa con la familiaridad del amigo y la libertad que le daba la ocasión.

En la sala del concierto, que quedaba al fondo, vio a Inácio Ramos, de pie, con el violonchelo en las manos preparándose para tocar. A su lado jugaba un niño de pocos meses.

Amaral se detuvo sin comprender nada. Inácio no lo vio entrar; había empuñado el arco y tocaba, —tocaba como nunca—, una elegía plañidera, que el estudiante escuchó con lágrimas en los ojos. El niño, dominado al parecer por la música, miraba quieto hacia el instrumento.

La escena duró cerca de veinte minutos.

Cuando la música terminó, Amaral corrió hacia Inácio.

— ¡Oh! ¡mi divino artista! —exclamó.

Inácio lo abrazó; pero enseguida lo soltó y fue a sentarse en una silla con los ojos clavados en el suelo. Amaral no comprendía nada; sentía, sin embargo, que algún abalo moral se había producido en él.

— ¿Qué tienes? —dijo.

— Nada —respondió Inácio.

Y se levantó y volvió a tocar el violonchelo. No terminó, sin embargo; a mitad de un pasaje, interrumpió la música y dijo a Amaral:

— Es bonito, ¿no?

— ¡Sublime! —respondió el otro.

— No; el machete es mejor.

Y dejó el violonchelo y corrió a abrazar al hijo.

— Sí, hijo mío —exclamaba—, habrás de aprender machete; el machete es mucho mejor.

— ¿Pero qué pasa? —articuló el estudiante.

— ¡Oh! nada —dijo Inácio—, ella se fue, se fue con el machete. No quiso el violonchelo, que es demasiado grave. Tiene razón; el machete es mejor.

El alma del marido lloraba, pero los ojos estaban secos.

Una hora después, enloqueció.